

instinto que era en él tan poderoso como el orgullo: la bondad. Causóle horror el cubrirse con tanta sangre inútil; pero siempre débil, no sabiendo resistir de frente, temeroso de ser desobedecido, recurrió á la astucia. Fingió aceptar la idea de aquella loca salida y se ingenió en retardar el día en que se verificara, bajo los más fútiles pretextos. Fijó primeramente el 10 de mayo, después el 13, y por último, constreñido por Miramón, señaló la noche del 14. Un consejo de guerra fué convocado para la tarde de ese día, con objeto de dictar las últimas disposiciones.

Tomó entonces Maximiliano una determinación radical: comisionó á su favorito López para que fuese á ver á Escobedo y le pidiese que le dejara, con su séquito y su escolta, ganar el puerto de Tuxpan, en donde se embarcaría para Europa, dando su palabra de honor de no volver jamás á México. Era tanto el deseo que tenía Maximiliano de impedir la carnicería que se preparaba, que autorizó á López para que, en caso que Escobedo se negara á dejarle salir, le dijera que se entregaba á discreción; que en el convento de la Cruz, á las tres de la mañana, no encontrarían los republicanos ninguna resistencia, y que él se constituiría prisionero. Maximiliano esperaba que, destruido el imperio y él lejos de México, cesaría la exasperación y Juárez cedería á las insinuaciones de su carácter, inclinado á la clemencia. Por eso lo esencial le parecía obtener la libertad de salir del país.

Provisto de tales instrucciones, López se presentó á las siete de la noche en el campo republicano y solicitó una entrevista con el general en jefe. Este le recibió con desconfianza. Sin embargo, como López se decía formalmente enviado por Maximiliano, Escobedo consintió en hablarle á solas, y cuando hubo escuchado lo que se solicitaba de él, dijo: «Tengo órdenes precisas; no puedo tratar sino de la rendición sin condiciones». López quiso entrar en discusión, hizo un elogio del emperador y de sus tropas, dijo que podían aún forzar las líneas de los sitiadores, prolongar la guerra y ocasionar mayor derramamiento de sangre. Escobedo contestó: «Conozco vuestra situación tan bien como vos mismo. Sé que vais á intentar una salida, que columnas ya formadas sólo esperan la orden de pasar las trincheras. Eso es para mí satisfactorio; hasta facilitaré vuestro movimiento dejándoos paso franco, para caer después sobre

vosotros con mis doce mil jinetes, que convertirán el campo de batalla en un lago de sangre imperialista». Los desertores que Escobedo recibía todos los días, le habían, en efecto, dado á conocer la verdadera situación de los sitiados. López no pudo replicar.

Escobedo creía terminada la entrevista, cuando oyó con sorpresa que el emisario le dijo que Maximiliano le había ordenado que, «para poner fin al sitio bajo cualesquiera condiciones, y estando resuelto á impedir los sangrientos acontecimientos que estaban próximos, le manifestara que se entregaba á discreción, y que, á las tres de la mañana, las tropas que defendían el cementerio de la Cruz se concentrarían en el convento, para que los republicanos pudiesen apoderarse sin resistencia de esa llave de la plaza». El general no pudo menos de manifestar que no daba crédito á lo que escuchaba, á aquellas proposiciones inexplicables de parte de un príncipe que había demostrado tanta energía en Orizaba. Pero López le reveló que el emperador ya no quería continuar la defensa; que creía todos sus esfuerzos absolutamente inútiles; que aunque las columnas que debían forzar la línea del sitio estaban formadas, él quería detenerlas y no estaba seguro de que sus órdenes fuesen cumplidas por jefes obstinados que ya no le obedecían.

VI.

Mientras López parlamentaba, Maximiliano deliberaba con sus generales, ganando tiempo con discusiones pueriles acerca de los términos de una proclama que se redactaba. Muchas veces mandó á un ayuda de campo que buscara á López, que no fué encontrado en su alojamiento hasta las once. Se le notó cierta turbación, pero el emperador la atribuyó á la pena que le causaba haberse hecho esperar. Después, le llamó aparte y habló con él largamente. López le dió cuenta del desempeño y del fracaso de la misión que le había encomendado, y le comunicó lo que había convenido con Escobedo. Terminada la conversación, Maximiliano le condecoró, delante de sus oficia-

les, con la medalla militar. «Por qué? Ese es un misterio», escribió Salm-Salm. Pero ya no hay tal misterio.

El emperador, inmediatamente después, ordenó que se aplazara la salida para el día siguiente, y como Miramón protestara. —«No os afijáis, Miguel, le dijo; ¿qué importan veinticuatro horas para el éxito de una operación de guerra?»—«Sire, contestó Miramón, no soy de vuestra opinión: Dios nos guarde durante esas veinticuatro horas». Y se retiró muy descontento. Maximiliano dió luego orden á López para que fueran desensillados todos los caballos de los que formaban su séquito y los del regimiento de la emperatriz, que estaban listos para la salida, y se retiró á su aposento. «No se acostó hasta la una; la agitación le impedía dormir» A las tres, que era la hora fatal, llamó al Dr. Basch: se sentía muy mal. Basch le atendió, le procuró algún alivio, retirándose luego (1), y Maximiliano esperó.

Sólo á medias había quedado convencido Escobedo de que López había obedecido órdenes de Maximiliano, y no estaba seguro de que la rendición no fuese un lazo que se le tendiera. Al encontrar al Gral. Vélez, á quien había hablado de la misión de López, en el cementerio de la Cruz, le recomendó que estuviese en guardia contra todos, hasta contra López. Vélez llegó al convento. No encontró resistencia. Sólo divisó á López que hacía una ronda. Se apoderó de él, le amenazó con levantarle la tapa de los sesos si hacía un movimiento sospechoso, le exigió que diera su palabra de no escaparse y que les guiara al través del convento. López, sin hacer resistencia alguna, dió la palabra que se le exigía y les guió. Sin embargo, encontró ocasión para apartarse un instante, llegar á la pieza de Salm-Salm y gritarle: «¡Aquí está el enemigo: salvad al emperador!» (2). Al grito de López, Salm-Salm corrió al aposento de Maximiliano. Le encontró levantado, vestido, con una tranquilidad que sorprendió á todos (3). «Como que él no tenía por qué sorprenderse! «Nos han traicionado, dijo: que

1 DR. BASCH. Erinnerungen aus Mexico. Geschichte der letzten zehn Monate des Kaiserreiches. (Recuerdos de México. Historia de los diez últimos meses del imperio). Tomo I, págs. 232 y siguientes.—NOTA DEL AUTOR.

2 Este hecho ha sido corroborado por el Gral. Vélez y cinco de sus oficiales. Es incontestable.—NOTA DEL AUTOR.

3 DR. BASCH. Obra citada.—NOTA DEL AUTOR.

marchen los húsares y la guardia nacional; iremos al cerro de las Campanas para ver ahí qué es lo que hacemos». Bajó, después de haberse puesto un sobretodo, á causa de su estado enfermizo, sobre su uniforme. En la plaza del convento encontró soldados de Escobedo y á López al lado del coronel republicano Rincón Gallardo, á cuya hermana había hecho en otro tiempo algún favor. Este reconoció á Maximiliano y no le detuvo; hasta dijo á sus soldados:—«Son civiles; dejadles pasar»—«Ya veis: dijo Maximiliano á Salm-Salm, cómo es siempre útil ser bueno y hacer favores». No manifestó extrañeza de ver á López entre los invasores de la plaza.

En esos momentos López desapareció y volvió á los pocos instantes con un caballo ensillado:—«Montad, Sire; id á casa del banquero Rubio; ahí estaréis en seguridad y podréis ganar la costa». Maximiliano no manifestó cólera ni sorpresa, como antes. Se negó á montar á caballo y siguió á pie hacia el cerro de las Campanas. Cuando llegó, el sol brillaba ya en todo su esplendor y las campanas, repicando á vuelo, anunciaban que la ciudad estaba en poder de Escobedo. A Méndez no había sido posible participarle lo que sucedía. Miramón, atacado por un destacamento de caballería, había sido herido en la mejilla y conducido á casa de un médico amigo suyo, el Dr. Iicea. Sólo Mejía había llegado con algunas tropas. Pero la defección iba á consumarse en presencia del mismo Maximiliano. A cincuenta pasos de distancia del cerro, todo un batallón volvió la espalda, y un ayuda de campo que fué enviado para recordar su deber á los soldados, fué recibido con risas de burla.

En el cerro llovía metralla. El emperador preguntó á Mejía si todavía era posible pasar al través de las líneas enemigas. El general contestó.—«No me importa morir; pero yo no quiero exponer á V. M. á una muerte segura». Entonces el emperador envió á su ayuda de campo Prádillo, precedido de un soldado que enarbolaba una bandera blanca, para que tratara de la rendición. Cesó el fuego. Escobedo se presentó. Maximiliano le entregó su espada.—«Si es preciso que haya alguna víctima, dijo, que yo sea la única. Mi único deseo es abandonar el país, comprometiéndome bajo mi palabra de honor á no volver á él». Escobedo contestó que no podía prometer nada; que su gobierno resolvería.—«Espero, replicó Maximiliano, que no permitiréis que se me insulte; que me trataréis como

prisionero de guerra—«En efecto, sois mi prisionero». Y dejó Escobedo á Maximiliano bajo la custodia del coronel Riva Palacio, hombre de honor que desempeñó esa misión con humanidad.

El vencido fué reinstalado en su antiguo cuarto del convento de la Cruz. Lo encontró enteramente desamueblado: no quedaba ahí más que una mesa, una silla y el catre de campaña cuyo colchón había sido despancijado para ver si ocultaba dinero. El emperador, sintiéndose indispuerto, se recostó. Se le llevó un desayuno que no quiso tocar. Habiendo ido á verle el Dr. Basch, le dijo de pronto, como si dejara escapar un secreto íntimo:—«Me alegro de que todo haya pasado sin derramamiento de sangre: *he obrado conforme á mis propósitos*» (1).

El 17 de mayo, acompañado de Castillo, Salm-Salm y el ministro García Aguirre, fué trasladado al convento de Santa Teresa, de donde habían sido expulsadas las monjas; después se le trasladó al convento de Capuchinas. Se le alojó en una celda en que entraba la luz por una claraboya sin vidriera y que daba hacia un corredor del convento. En celdas vecinas fueron alojados Mejía y Miramón, á quien su amigo el Dr. Licea había entregado. Se autorizó á Maximiliano para conservar á su lado á su ayuda de cámara, á su mayordomo y al Dr. Basch, y para recibir la visita de ciertas personas, entre ellas el príncipe de Salm-Salm, y pudo telegrafiar á Viena: «Soy prisionero de guerra. No os inquietéis: se me trata de tal manera, que no se infringe ninguna de las leyes y costumbres de los pueblos civilizados». Escobedo había, en efecto, dado orden de que Maximiliano fuera tratado con toda la cortesía compatible con la estricta vigilancia á que era preciso sujetarle.

Publicóse un bando militar en que se ordenaba que todos los que hubiesen combatido por Maximiliano ó desempeñado algún cargo en su gobierno, se presentasen en el término de veinticuatro horas, so pena de muerte. Méndez no acató esta orden; su criado le denunció; fué aprehendido y se le concedieron dos horas para que se despidiera de su familia. Pasó sus últimos momentos con su mujer, su hijo, que tenía diez años, su hermana y un sacerdote, y cuando el comandante del piquete de ejecución le hizo una seña, se separó de los suyos bajo un pre-

1 DR. BASCH—*Obra citada.* —NOTA DEL AUTOR.

texto y fué conducido á la Alameda, hacia donde marchó resueltamente. Se le fusiló por detrás, como á los traidores. Al oír que preparaban los fusiles, apoyado en una sola rodilla se volvió hacia los soldados y gritó: *¡Viva México!* Cayó de bruce, herido, pero no muerto, y conciente todavía, señaló su oreja, como implorando que se le diera ahí el tiro de gracia. Así murió el Gral. Méndez.

VIII.

Maximiliano solicitó de Escobedo una entrevista. El general estaba enfermo y no podía salir de su tienda. Envió á dos coroneles (18 de mayo) para que condujeran á ella á Maximiliano. Este manifestó deseos de ver á Juárez, «á quien tenía que revelar secretos importantes». Escobedo le contestó que estaba á sus órdenes, que iba á transmitir por telégrafo su solicitud, pero que, en todo caso, podía escribir al presidente. El emperador no insistió y dijo que quería ver á López. Escobedo consintió en ello y añadió que podía hablar con quien quisiera. En su entrevista con su ayuda de campo, Maximiliano le conjuró para que guardara el más profundo silencio acerca de la comisión que había desempeñado la noche del 14, y para que obtuviera que Escobedo hiciera otro tanto, para que su prestigio no sufriera menoscabo.

Relatada por López á Escobedo esta conversación, el general contestó que no tenía motivo para callar ni para hablar, puesto que ni su honor ni el de su partido estaban en ello interesados; pero que él, López, sí sufriría grave perjuicio con su silencio, porque sus compañeros le acusaban ya de haber traicionado al archiduque. Por último, declaró que no podía comprometerse á nada. López dijo con indiferencia que la opinión acerca de su conducta le importaba poco, que callaría porque su deber era obedecer al emperador á quien debía tanto y que además poseía un documento que le justificaba. Era una carta cuya autenticidad parecía indiscutible: «Mi querido coronel López: Nos os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos; pues si

se divulga quedará mancillado Nuestro honor. Vuestro afectísimo. *Maximiliano*» (1).

López, provisto de una carta de Escobedo para Porfirio Díaz, se dirigió á Puebla adonde le llamaban asuntos de familia, haciendo antes saber á Maximiliano que seguía á su disposición. Algunos días después, Escobedo devolvió su visita á Maximiliano cuya salud iba empeorando (28 de mayo). El emperador le dijo que le estaba muy agradecido por la manera de tratarle, y le preguntó si López había hablado con él. Como el general contestara afirmativamente, Maximiliano le confesó que no se sentía con bastante fuerza de ánimo para soportar los reproches de sus compañeros de infortunio, si llegaran á saber que López había obrado por su orden, y le rogó encarecidamente que guardara secreto acerca de lo acontecido. Escobedo le objetó que su silencio haría aparecer á López como autor de un acto infame, por el cual era ya despreciado y aborrecido, y que á este infeliz era á quien Maximiliano debía dirigirse. El príncipe aseguró que López callaría mientras callara Escobedo, y compadecido, éste prometió no hablar.

De todo esto se desprende que López, lejos de ser un traidor, fué sólo una víctima de su abnegación. Estos hechos han sido ignorados durante veinte años, y á pesar de una protesta que López publicó en 1867 y que no tuvo eco ninguno en la opinión, fué durante ese tiempo objeto de la aversión pública: hasta llegó á fijarse en cuarenta mil pesos la suma que había recibido por su traición, y como la miseria en que vivía era una refutación de tal aserto, se decía que había perdido en el juego el producto de su infamia. Por fin, en 1887, como se le dirigieran nuevas injurias, instó á Escobedo para que dijera la verdad. El anciano general retirado, en vísperas de desaparecer de este mundo, creyó que era un deber que se imponía á su conciencia dirigir á su gobierno un informe oficial y así lo hizo en 8 de julio de ese año. Me he servido, para hacer el ante-

1 El Dr. Kaska, que fué devoto amigo de Maximiliano, ha negado la autenticidad de esta carta y pretendido que cuatro dibujantes, no expertos calígrafos, han declarado por unanimidad que la escritura de la copia fotográfica de ella no era de la misma mano que había escrito y firmado otros documentos que tenían á la vista. Este juicio pericial no ha tenido seriedad ninguna, según dice Iglesias Calderón en sus *Rectificaciones históricas*, pag. 96. —NOTA DEL AUTOR.

rior relato, de ese informe, que pueda resumirse así: «El coronel Miguel López no traicionó á Maximiliano de Austria: no entregó al enemigo su puesto de combate». A menos que el Gral. Escobedo haya sido el más pícaro de los impostores, lo cual nadie tiene derecho de suponer siquiera, deben aceptarse como verídicas sus revelaciones. Ya algunos pasajes inexplicables de los relatos de Salm-Salm y del Dr. Basch habían hecho presentir lo que realmente había pasado y que al fin ha sido plenamente corroborado por el confesor de Maximiliano. Interrogado, en efecto, el Padre Soria acerca de lo que pensaba de la traición de López, contestó: «El coronel López no hizo sino lo que se le mandó» (1).

Juárez no tardó en decidir de la suerte de los prisioneros. Su ministro de Guerra ordenó á Escobedo que hiciese juzgar por un consejo de guerra á Maximiliano, Miramón y Mejía. Su carta, dejando á un lado ciertas durezas de estilo, contenía la verdad absoluta acerca de la empresa imperialista en México. Decía en resumen: «El archiduque Maximiliano de Hapsburgo ha colaborado en una obra de iniquidad y de traición; ayudado por un ejército extranjero, ha intentado destruir la Constitución y las leyes de un país libre, sin más título para ello que algunos sufragios sin valor; ha desencadenado contra la república todas las calamidades. No contento con hacer una guerra de filibusteros, ha llamado en su ayuda mercenarios austriacos y belgas, súbditos de naciones que no estaban en pugna con la república; ha promulgado un decreto, con prescripciones bárbaras, para asesinar á los defensores de la independencia; ha hecho que se lleven al cabo ejecuciones sangrientas y se incendien poblaciones enteras. Después de la partida del ejército extranjero, ha seguido sosteniendo, por medio de la violencia y de la devastación, sus falsos derechos, á los que sólo ha

1 IGLESIAS CALDERON. *Obra citada*, pag. 96. La disertación del Sr. Iglesias, tan notable por la sagacidad de sus observaciones y por la fuerza y claridad de su argumentación, ha destruído definitivamente la leyenda de la traición de López. Pero yo no creo que deba reemplazársela por la traición de Maximiliano hacia sus generales. La misión que se encomendó á López fué un proceder ideado por un príncipe humano, pero débil, que no sabía imponer su voluntad. Maximiliano no traicionó á nadie: no hizo más que impedir un espantoso é inútil holocausto —NOTA DEL AUTOR.

renunciado urgido por la derrota. El gobierno republicano puede, en virtud de la ley de 25 de enero de 1862, hacer fusilar, con sólo la identificación de las personas, á los culpables de delitos contra la independencia y seguridad de la nación, contra el derecho de gentes, contra las garantías individuales y contra el orden y la paz públicos. Sin embargo, ha ordenado que en este caso se proceda á un juicio en forma, para que se oiga la defensa de los acusados y se pronuncie la sentencia que corresponda en justicia» (21 de mayo).

Inmediatamente después, el teniente-coronel Aspíroz, nombrado fiscal, procedió al primer interrogatorio de Maximiliano y al día siguiente al segundo. Maximiliano no comprendió que, en ciertas circunstancias, ser acusado equivale á ser condenado, ni que entonces un silencio digno y desdeñoso es la mejor defensa, la única que no degrada. Se puso á argüir como un curial: «O me consideráis como soberano legítimo ó como simple archiduque. Si lo primero, debo ser juzgado por un congreso nacional; si lo segundo, debo simplemente ser enviado á mi país. En ambos casos, sois incompetentes». Escribió dos cartas á Juárez. En la una pedía defensores y solicitaba la asistencia de los representantes de Austria y Bélgica ó en su defecto, de Inglaterra y de Italia, con los cuales arreglaría sus asuntos de familia; la otra estaba así concebida: «Señor Presidente: Deseo hablar personalmente con Ud. de asuntos muy importantes al país. Amante decidido Ud. de él, espero que no se negará Ud. á una entrevista: estoy listo para ponerme en camino hacia esa ciudad, á pesar de las molestias de mis enfermedades».

Juárez no contestó directamente á ninguna de esas cartas. Manifestó, por conducto de Escobedo, que la entrevista no podía verificarse á causa de la distancia y de los términos del juicio, pero que ya ordenaba al Gral. Díaz que dejara salir de México, sitiado por él, á los ministros extranjeros y á los abogados encargados de la defensa, los cuales debían llegar á Querétaro dentro del plazo fijado por la ley, porque el procedimiento no admitía dilaciones.

IX

No fué Porfirio Díaz quien retardó la llegada á Querétaro de los ministros extranjeros y de los abogados: fué Márquez.

Desde su regreso á México, había sometido á la ciudad á un régimen de terror y de exacciones. Cuando un rico se negaba á pagar lo que se le exigía, se le exponía, como en Querétaro, al fuego de los sitiadores hasta que abría su caja. Sobre algunos pesaban impuestos diarios que solían ascender á seiscientos pesos y no bajaban de cinco. Vidaurri, indignado, quería irse y tuvo que ocultarse para no ser fusilado.

No se sabía nada de Maximiliano. El día 15 de mayo se oyeron aclamaciones entusiastas en las líneas avanzadas del enemigo, que estaban cada día más próximas á la ciudad, y salvas de artillería y cohetes. Por último, granadas que estallaron en las calles esparcieron boletines que anunciaban la caída de Querétaro y la captura de Maximiliano. No obstante, la prensa, aterrorizada, guardó silencio hasta que, á los tres días, el *Diario Oficial del Imperio* dijo: «Parece inútil afirmar que la noticia es falsa. La situación de Querétaro es satisfactoria para los amantes del orden; se tienen noticias ciertas de que todo va bien por ese lado».

Por supuesto, cuando del llamamiento de Maximiliano al barón Magnus, ministro de Prusia, y á sus abogados (25 de mayo), tuvo Márquez conocimiento, guardó acerca de él un absoluto secreto. Sólo por una circunstancia fortuita supieron los interesados que el emperador les llamaba: un emisario oficioso llevó al padre del Gral. Riva Palacio, que era uno de los defensores escogidos, una carta en que su hijo le comunicaba la captura y el proceso de Maximiliano. El abogado fué al instante á ver al ministro de Gobernación, y después al presidente del Consejo de Estado. Ninguno de los ministros juzgó el documento concluyente. Sin embargo, autorizaron á Riva Palacio para que fuera á pedir noticias al mismo Porfirio Díaz, y éste mostró á aquél un telegrama que se le había comunicado veinticuatro horas antes y que decía: «El emperador Maximiliano al barón Magnus: Tenga ud. la bondad de venir cuanto antes

á verme, acompañado de los Lic. D. Mariano Riva Palacio y Martínez de la Torre, ó de cualquiera otro que juzgue Ud. apto para defender mi causa». Siempre generoso, Porfirio Díaz prometió que, para darles facilidad de atender á este llamamiento, suspendería el bombardeo durante dos días, y que dejaría salir libremente á los defensores, á los ministros extranjeros y á todos los que quisieran salir de México. Usando de esta franquicia, Dano, ministro de Francia, quiso dirigirse á Querétaro; pero Márquez se lo impidió, lo mismo que á Lago, ministro de Austria, y á Hoorrichs y Curtopasi, encargados de los negocios de Bélgica é Italia.

Reanudóse el bombardeo, las comunicaciones quedaron cortadas de nuevo, y el *Diario Oficial del Imperio* dijo desfachatadamente: «Ya S. M. está cerca de México, á la cabeza de su heroico ejército y seguido de todos sus convoyes». Y al día siguiente volvió á decir: «La buena noticia se á confirmado: pronto saludaremos en esta capital á nuestro ilustre soberano y á su valiente ejército».

El barón de Lago y su agregado Tabera, Hoorrichs y Curtopasi lograron burlar la vigilancia de Márquez. Forest, antiguo cónsul francés en Mazatlán, encargado por Dano, que no podía salir de México, para que le representase cerca de Maximiliano, logró esconderse en el carruaje que conducía á los abogados á Tacubaya, cuartel general de Díaz. Llegado ahí, se dirigió al jefe republicano y le dijo:—«El Señor Dano me ha encargado que os entregue esta carta y os pida un favor. Tanto él como yo nos dirigimos á Porfirio Díaz, no al comandante en jefe del ejército sitiador». Y el general había contestado:—«Más vale así; porque como no reconozco al Sr. Dano como ministro de Francia, no podría tener con él relaciones oficiales; pero me será siempre grato serle útil en algo». Después de leer la carta de Dano y de enterarse de lo que se solicitaba en ella, el Gral. Díaz dijo á Forest:—«Aunque no habéis sido llamado por Maximiliano, no tengo inconveniente en permitirlos que vayáis á Querétaro como simple particular». Así fué como Forest pudo salir de México y llegar á Querétaro el 4 de junio á las once de la noche.

Los defensores de Maximiliano fueron á verle inmediatamente y le encontraron tranquilo y resignado, aunque padeciendo cruelmente de disenteria y de su antigua enfermedad del hígado. Sólo algunas horas se levantaba en el transcurso del día. Se puso á hablar con gran volubilidad de los asuntos políticos de México, como si no estuviera á discusión su propia suerte, y costó trabajo que se ocupara en hacer un examen serio de sus medios de defensa. Prometió consignar en una nota los puntos esenciales.

Pocas esperanzas tenían ya los abogados de impedir que se dictara una sentencia de muerte. Bien sabían que los verdaderos jueces, los que tenían que fallar, estaban en San Luis Potosí. Se dividieron, por lo tanto, el trabajo: dos de ellos, Ortega y Vásquez, de Querétaro, litigarían ante el consejo de guerra; los otros dos, Riva Palacio y Martínez de la Torre, irían á San Luis para interceder con Juárez por Maximiliano. Este se regocijó cuando supo lo que se iba á hacer. Hasta forjó proyectos para el porvenir: iría á Cádiz en su *yacht*, establecería ahí á algunos de sus fieles servidores, Miramón, Mejía y García Aguirre, pasaría el invierno en Oriente ó en el Brasil. Sin embargo, en otras ocasiones aparecía menos confiado: preparaba su testamento y legaba á su familia los objetos de valor que le quedaban. Sacando de su pecho una medalla de oro de la Virgen, dijo:—«Es un regalo de la emperatriz Eugenia. No puedo dejársela á ella; sería una ironía; porque al dármele me dijo: «Os dará la felicidad». Prefiero dejársela á la emperatriz-viuda del Brasil».

Cuando hablaba del pasado, se quejaba de Bazaine, acusaba á López, pero sin insistir en sus acusaciones. Ya se sabe por qué. Al contrario, al hablar de Márquez se exaltaba, decía que era el verdadero traidor (1) y eran amargas también sus recri-

1 Cada vez que hablaba de López y de Márquez, se notaba esa diferencia. Tabera, el agregado austriaco, dice: «Habla con serenidad de ánimo (*mit Gleichmut*) de López; sólo cuando se refería á Márquez se mostraba colérico: decía que había sido la causa principal de su desdicha» (*Die Mexikanische Kaisertragodie*, pág. 96). A pesar de eso, si López le hubiese entregado á sus enemigos durante su sueño, habría sido más culpable que Márquez, á quien sólo podía acusar de no haber hecho lo que le había ordenado.—NOTA DEL AUTOR.

minaciones contra Napoleón III, «que le había abandonado». Empero, cuando supo que Dano, que no había podido ir á Querétaro, le había enviado á Forest con orden de prestarle toda clase de servicios, se manifestó muy agradecido y rogó al barón Magnus, ministro de Prusia, que tenía autorización para visitarle todos los días, que le dijera que tenía deseos de recibir su visita.

Pero se había vuelto difícil llegar hasta Maximiliano, á causa de una tentativa frustrada de evasión. La princesa de Salm-Salm, joven americana, muy graciosa, emprendedora y atrevida, había ido á reunirse con su marido. Llegaba de San Luis en donde había oído y observado mucho y convencido de que Maximiliano sería irremisiblemente condenado y de que los esfuerzos de los defensores no darían ningún resultado, puesto que Lerdo de Tejada y Juárez les habían recibido cordialmente, pero rechazando el recurso de incompetencia que habían interpuesto y aplazando para después de que fuera pronunciada la sentencia toda conversación acerca de la gracia de indulto. Era, pues, evidente que sólo la fuga podía salvar la vida del cautivo. La princesa invitaba á su casa á los oficiales liberales, desplegaba con ellos todo el atractivo de sus gracias, y logró obtener la adhesión de algunos. El príncipe, que visitaba casi diariamente á Maximiliano y estaba autorizado para hablar con él con toda libertad, siempre que fuera en español, le deslizaba en sus pláticas confidencias que el jefe de la guardia no podía escuchar. Así le hizo saber el proyecto que había concebido y cuya realización estaba preparando su mujer. Maximiliano acogió con frialdad esta noticia: le repugnaba huir sin Miramón ni Mejía. Además, tendría que disfrazarse y no se resolvía á cortar su hermosa barba rubia. Salm-Salm le dijo que bastaría que se la atara por detrás, sobre la nuca, y que se pusiera anteojos. Sólo así aceptó la idea de la evasión y hasta fijó el día en que debía realizarse: el 2 de junio. Pero se arrepintió en el último momento, diciendo que tenía que esperar á sus abogados y al barón Magnus. El príncipe se arrojó á sus pies y le manifestó que esos caballeros quedarían muy satisfechos de no encontrarle ya en su prisión. Pero él, inflexible, dijo:—«No urge», empleando esa frase que le era favorita. Creía que su vida no corría ningún peligro; que, de cualquiera manera que fuese, no se atreverían á fusilarle. Y como la cosa se había retardado,

los oficiales que se habían comprometido temieron haber sido descubiertos y denunciaron el complot. Al punto fueron tomadas las más rigurosas precauciones.—«Habéis tratado de que se evadiera el archiduque, dijo el Gral. Paz á Salm-Salm; si reincidís, seréis fusilado sin formación de causa». Desde entonces, tres coroneles, pistola en mano, vigilaron al cautivo, y la guardia fué triplicada y cambiada, no quedando de la antigua más que un alemán, transfuga de la legión austriaca, que gozaba de la confianza del emperador y era en realidad un espía. Fueron privados los prisioneros hasta de cuchillos de mesa y de tenedores, y se vieron obligados á comer con los dedos.

En tal estado las cosas, Forest no recibió desde luego autorización para visitar á Maximiliano. No se le permitió que penetrara á la prisión hasta el 12 de junio, víspera del día en que comenzó á verse la causa. A las dos de la tarde, el oficial de guardia le condujo á la celda del convento de Capuchinas que ocupaba Maximiliano. Este le tendió la mano con amabilidad y le dijo:—«Sentémonos en el corredor: huele mal en mi cuarto». Y comenzó desde luego á hablar de un nuevo proyecto de fuga en cuya realización parecía tener fe. Forest le dijo que era preferible que tuviera paciencia, que no comprometiera el éxito de los esfuerzos que se hacían en San Luis; pero añadió que si la evasión estaba arreglada, estaba listo para ayudar en lo que fuese necesario.—«De San Luis no hay que esperar nada», contestó el emperador.—«El peligro es grande», dijo Forest, pero no he perdido toda esperanza». Entonces, Maximiliano, sonriendo tristemente, añadió:—«Sé la suerte que me espera y estoy resignado; pero no quiero sentarme en el banquillo de los acusados: prefiero exponerme á todo. Hablad con el médico en jefe y decidle que haga que sea atendido lo que dice en su certificado: que estoy muy débil y no podría soportar las fatigas de la audiencia. Flaqueará mi cuerpo y mis enemigos dirán que me ha faltado valor. Pero si me decido á evadirme y os ruego que me acompañéis, consentiréis en ello?»—«De todo corazón, *Sire*. No tengo actualmente ningún carácter oficial y en nada comprometería á mi gobierno. Por lo demás, estoy seguro de que aprobaría mi conducta. Espero, pues, las órdenes de V. M.; pero permitidme que os haga observar que nos escuchan. No hablemos más de este asunto». Forest recordó en seguida la abnegación de los soldados france-

ses prisioneros. Maximiliano contestó:—«Estoy muy satisfecho de ellos: han cumplido con su deber. Deseo que se sepa en Europa». Después habló de sus medios de defensa. Forest le comunicó que Dano deseaba que evitara todo lo que pudiera ser tomado por una recriminación, porque éstas serían inútiles.—«El Sr. Dano tiene razón. Decidle que hasta hoy, tengo derecho de repetir la frase de uno de vuestros reyes: «Todo se ha perdido, menos el honor». Después de mi muerte, eso se podrá decir de mí, porque no permitiré que se haga nada contra mi honor ni contra mi dignidad. En el fondo de mi corazón no hay hiel ni amargura». Y como Forest tratase de justificar la conducta de Francia y sus consejos cuando se había convenido de la imposibilidad de fundar en México un imperio, Maximiliano le interrumpió repitiendo con vehemencia:—«No hay en el fondo de mi corazón ni hiel ni amargura».

La entrevista había durado hora y media; Maximiliano parecía fatigado y Forest quiso retirarse.—«No, no os vayáis; las horas que se pasan en prisión son muy largas. Me es grato conversar un poco». Y habló de diversos asuntos; de México, de sus ministros, de las simpatías que le manifestaban los habitantes de Querétaro. Dijo también:—«Quiero á los franceses: fuí educado por una francesa.» Pero no pronunció el nombre del emperador Napoleón ni el de Francia. Por último, Forest observó que su semblante denotaba un vivo sufrimiento y que hacía penosos esfuerzos para dominarse, y se levantó, suplicándole que le permitiera volver.—«Sí, sí, venid diariamente, como vienen los ministros de Prusia, de Austria y de Bélgica: tengo muchas cosas que deciros».

XI

Al día siguiente, 13 de junio, á las nueve de la mañana comenzó el proceso en el teatro Iturbide. El patio, reservado á los espectadores, estaba sumergido en la obscuridad; el escenario, bien iluminado, representaba un salón con una columnata y una fuente brotante. A la derecha, se veían tres mesas y detrás nueve sillas; al frente, tres toscos banquillos, el del centro,

más bajo, para el emperador, y sillones para los abogados. El público se componía de trescientos espectadores, casi en su totalidad militares. Instalóse el consejo de guerra presidido por el coronel Platón Sánchez, quien tenía á su derecha al fiscal y á tres vocales, y á su izquierda al secretario y á los otros tres vocales, que eran todos muy jóvenes. Entraron Mejía y Miramón rodeados por un pelotón de soldados y seguidos por sus defensores. Los soldados, con las armas vueltas hacia los reos, se formaron en semi-círculo detrás de sus oficiales, que tenían la espada en la mano.

Miramón tomó una actitud soberbia y altanera, como si desafiara á sus jueces; Mejía, agobiado por el dolor, aunque sin ningún desfallecimiento moral, inspiraba piedad: su posición era incómoda, porque su banquillo era demasiado elevado y sus piernas, demasiado cortas, no le permitían apoyarse en el suelo. Sin embargo, cuando el presidente le preguntó su nombre,—«Demasiado lo sabes» le contestó. Leída el acta de acusación, su abogado, Próspero Vega, se levantó y leyó con voz monótona su defensa. Cuando ésta terminó, Mejía, á quien preguntó el presidente si nada tenía que agregar á lo dicho por su defensor, contestó con un ademán negativo y se retiró seguido por un piquete de soldados. En seguida, los licenciados Jáuregui, de San Luis Potosí, y Ambrosio Moreno, de Querétaro, leyeron sus defensas de Miramón. Había llegado el turno de Maximiliano. Un comisario del gobierno fué á la prisión y regresó después de haberse cerciorado de que el estado de su salud no le permitía asistir á la audiencia. Entonces se concedió la palabra á sus defensores, quienes hablaron hasta las nueve de la noche.

A las cuatro de la tarde, mientras hablaba uno de los defensores de Miramón, el barón de Lago fué al teatro en busca de Forest. Ambos se pusieron á pasear en la plaza, para poder hablar sin ser oídos. El barón de Lago dijo.—«La fuga del emperador está concertada para esta noche. A las diez será conducido á la capilla: le custodiará el regimiento del coronel Palacios y hará el servicio nocturno el coronel Villanueva. Ambos oficiales han consentido en salvarle si se les dan cien mil pesos á cada uno. Aquí traigo libranzas firmadas por el emperador. Pero exigen que las firmemos también Hoorrichs, Curtopasi y yo, y además que llevemos esta noche á casa de la